

LOS MESIANISMOS EN LA AMERICA DEL SUR

(Fragmentos)

Egon Schaden

Profesor de la Universidad de Sao Paulo

1968

CARACTERES GENERALES DE LAS AGITACIONES MESIANICAS ENTRE LOS INDIOS DE AMERICA DEL SUR

La documentación sobre los movimientos mesiánicos en la América del Sur cubre un período histórico que se extiende de la conquista del territorio por los blancos a nuestros días. Conciérne, además de las poblaciones indígenas a numerosos grupos de origen cultural europeo o incluso africano. El valor de los testimonios recogidos es sin embargo muy desigual. Falta con frecuencia, a los narradores la objetividad de una actitud científica y sus relatos presentan los hechos gravemente deformados, sobre todo cuando ellos datan de los primeros siglos después del descubrimiento del continente. Ciertos aspectos que impresionaban más a los europeos de la época son exageradamente señalados, mientras que otros son dejados en el silencio. Los cronistas no llegaban a concebir la naturaleza real de las manifestaciones indígenas. El comportamiento del mesías era invariablemente calificado "de inspiración de Satanás". Una interpretación sociológica o etnológica se muestra particularmente difícil. A menudo es imposible sobrepasar el estadio de las hipótesis y de las conjeturas dudosas. Sin embargo, el interés científico de un estudio del mesianismo ha ido creciendo, la calidad de los documentos se ha mejorado progresivamente. Así, los ejemplos más recientes del fenómeno han sido analizados por observadores que poseían una formación teórica sólida y gracias a ellos, muchos de nuestros conocimientos fragmentarios referentes a ciertos levantamientos del período colonial han adquirido actualmente su sentido verdadero.

Bajo el nombre de *mesianismo*, se reúne hoy en día una serie de fenómenos muy heterogéneos, pero los ejemplos concretos escapan aún a nuestros esfuerzos para crear una tipología adecuada. Nuestro concepto deberá pues, ser más amplio y más flexible; por ello *entenderemos la creencia en el carisma de un salvador, el mesías, encargado de conducir sus fieles hacia la vida feliz de un Paraíso prometido, empero, cada pueblo haciéndose una imagen diferente de la felicidad. Se trata, en general, de un orden renovado, de un reino nuevo que el mesías, dotado de poderes sobrenaturales, ofrecerá a sus adeptos. Por lo tanto, se está en derecho de hablar de un mesianismo milenarista o Chilliastique en analogía con la creencia medioeval: un reino, el Milenario, fundado por Cristo a su retorno sobre la tierra, precedería el fin del mundo. Los mesianismos indígenas y rurales, a menudo testimonian una relación estrecha con las profecías escatológicas. Sólo el lugar del paraíso futuro, reservado a los elegidos, será conservado después de la catástrofe final. La cataclismología Guaraní, previendo la destrucción de la tierra, da lugar a numerosas crisis místicas que incitan a los indígenas a la búsqueda del Paraíso.*

Se han definido con razón, los fenómenos mesianicos entre los indios de América del Sur, como reacciones de nativismo, pero es *necesario evitar el error cometido a veces, de concebir necesariamente estas manifestaciones, como una resistencia a la aculturación, o como un retorno a la cultura tribal. El mesianismo parece, en efecto, engendrado por un estado de penuria desde que se vuelve imposible satisfacer los objetivos culturales considerados válidos. Entonces, el pasado idealizado toma a veces una importancia mística extrema que sin embargo, no conduce a un "fijarse en vivencias anteriores". La hostilidad de los indios está a menudo más orientada contra la persona misma de los europeos que contra su cultura. Ciertos elementos de la tradición, toman entonces un valor simbólico de autoafirmación, que refuerza los sentimiento de solidaridad del grupo que se declara pueblo elegido. Incluso en la mayor parte del tiempo se nota una fusión sincrética del cristianismo y de las religiones primitivas, ciertas nociones sacadas del catolicismo siendo interpretadas en función de estas últimas.*

Mesías y Jesuitas en la Zona Guaraní

Una página importante de la expansión del cristianismo en medio de los paganos, viene a ser, sin duda, el establecimiento de las misiones por los jesuitas en la cuenca del Plata. En efecto, las poblaciones del grupo guaraní, cercanos al *tupí*, por la lengua y la cultura, fueron en los siglos XVII y XVIII particularmente receptivos al cristianismo. Un misticismo profundo caracteriza a las tribus guaraníes, que hace de su país un terreno de preferencia para la acción de los jesuitas quienes

supieron aprovechar estas condiciones favorables. Así, la creencia indígena en un salvador, héroe mítico, cuya venida o retorno era esperado, contribuyó grandemente al prestigio de los misioneros, a menudo identificados con los héroes tradicionales, reencarnados de la mitología tribal. La actitud de los misioneros, convencidos de realizar una obra de apóstoles, contribuyó igualmente a expandirla. Al padre Ruiz de Montoya, el apóstol del Paraguay fue atribuido hacer revivir —siguiendo la creencia tribal— el alma de un gran *paje*, *Quaraciti*, (Sol resplandeciente), y, según el testimonio del misionero, los indios terminaron incluso venerándolo como si fuese el dios verdadero. Casos semejantes se produjeron frecuentemente en las Misiones.

Un estudio reciente de Maxime Haubert sobre el Paraíso de los Jesuitas en el Paraguay subraya además, una condición esencial del triunfo de los padres en medio de los indios: el hecho que éstos reconocieron en ellas emisarios de *Pai Zumé*, Héroe tradicional, encargado de conducir su pueblo hasta la “tierra sin Mal”.

Una reacción de los *paje* no tardó, sin embargo, en hacerse sentir, y tanto más viva puesto que ellos eran considerados por los sacerdotes como instrumentos de satanás. Las costumbres tribales, en la medida en que se mostraban incompatibles con la práctica de una vida cristiana, fueron combatidas. Se creó un estado de tensión extrema, consecuencia de la rivalidad política entre los sacerdotes y los *paje* cuya hostilidad condujo a la aparición de numerosos mesías, algunos de los cuales reunían a su alrededor muchos miles de guaraníes acusaban a los jesuitas de ser hechiceros malvados, deseosos de eliminar su raza al prohibir, por ejemplo, la poligamia.

Sin embargo, el comportamiento de los mesías hacia los misioneros parecía bastante equivoco pues, a pesar de su posición de obstrucción indómita, adoptaron una gran parte del ceremonial católico: vestidos y objetos utilizados para la celebración del culto del mismo modo que ciertas ceremonias como la misa, la administración de los sacramentos.

Sin embargo, el fin último que ellos se proponían lograr o conseguir era la emancipación de los indios.

El cacique *Miguel Atiguaye*, de la Misión de San Ignacio, fue uno de estos profetas que, primero sometidos a la autoridad de los misioneros terminaron por rebelarse contra ellos. La insurrección fue rápidamente aplastada, gracias al apoyo de los indios catequizados, pero el clima de tensión religioso no dejó de prolongarla. Nuevos mesías surgieron proclamándose dioses creadores del universo y poseedores de poderes milagrosos. Iban a exterminar a todos aquellos que no los ayudaran a expulsar a los misioneros. Muchas misiones sufrieron insurrecciones

sangrientas en que los indios catequizados se enfrentaron a los discípulos de los profetas. Ciertos mesías capturados fueron ejecutados, otros, hábilmente disuadidos por los jesuitas de continuar sus predicaciones, se sometieron a su autoridad.

Nosotros citaremos, por ejemplo, el caso importante de Guiraverá, que se hizo célebre en todas las zonas de las misiones. A diferencia de otros profetas éste no predicaba la eliminación de los jesuitas y de su doctrina. El se consideraba, sin embargo, superior a los misioneros, “simples pequeños padres”, ya que él mismo era dios y el “Gran Padre”.

Convidado a visitar al Padre Montoya, el mesías impuso toda clase de exigencias antes de aceptar la invitación. Los discursos que él dirigió a los habitantes de la misión, confirman sus pretensiones: “Yo soy vuestro Gran Padre, no olvidéis tratarme como buenos hijos. Yo he venido hacia vosotros, atraído por el renombre de estos padres, mis intenciones son puras, no perversas. Yo estoy aquí con el fin de asegurarme de la verdad de esta reputación”. El declaró a los jesuitas que les hacía el honor de ser su igual, pues eran hijos del mismo Padre Celeste. Todos estos propósitos traducen bien la ambivalencia ya mencionada: De una parte se reconocían los atributos y los poderes especiales de los jesuitas, y de otra, se luchaba contra sus pretensiones, al derecho exclusivo de dirigir los indios.

Sin embargo, a diferencia de Guiraverá, quien termina por renunciar a sus aspiraciones sometiéndose al cristianismo, la mayoría de los mesías adoptaron una posición intransigente. Ellos predicaban el retorno al paganismo e incluso a la antropofagia, llegando hasta el punto de inventar un ritual destinado a purificar a los fieles que se habían convertido. Así pues el sincretismo aparente de este movimiento recubre en realidad una forma muy expresiva de fijarse en vivencias anteriores (revivalisme).

El caso del gran mago Nesu parece muy significativo. Después de haber abjurado del catolicismo se reveló como uno de los más feroces enemigos de los misioneros incitando a los indígenas a la masacre de los sacerdotes. A pesar de las apariencias, es necesario guardarse de atribuir al sincretismo los elementos que recuerdan los ritos cristianos. El bautismo guaraní, por ejemplo había llegado a ser una ceremonia que buscaba la anulación del bautismo. Se trataba de un contra-bautismo. Nesú tenía costumbre de vertir agua caliente sobre la cabeza, el pecho y la espalda de los fieles a fin de hacer desaparecer la unción de los óleos santos; él les raspaba la lengua para quitarles el gusto de la sal y, en lugar de vertirles el agua sobre la cabeza, les lavaba los pies. Este bautismo invertido ha sido justamente asimilado por Haubert a una

práctica de exorcismo. Nosotros lo reencontramos en medio de los ritos adoptados por otros profetas hostiles a los jesuitas. Como los mencionan los “Litterae Annuae”, uno de ellos administraba a sus fieles un bautizo, lavándoles el cuerpo y cantando: “Yo te bautizo para arrancarte tu bautismo”. Venía a expulsar a Satanás por Belzebuth.

Paganos o apóstatas, los mesías aparecían en una cadencia tal, que los jesuitas vivían en un estado de alerta constante. Se trataba a veces de simples pajé, irritados por la competencia de los jesuitas, pero lo más a menudo, de auténticos profetas que se pretendían dioses y salvadores de su pueblo. Estos “ministros de Satanás” buscaban restaurar su paraíso perdido, es decir, su modo de vida tradicional. Pero la acción enérgica de los misioneros impidió a estos movimientos tomar mayor amplitud. Posteriormente, en los siglos XIX y XX, los descendientes de estos indígenas conocieron igualmente manifestaciones mesiánicas de carácter diferente. Permanece al menos, muchos autores lo han observado, el vigor de las tradiciones míticas como el elemento constante, común a todos estos movimientos a pesar de las transformaciones más o menos profundas, debidas al cristianismo.

El Mesianismo en la Región del Río Negro

Los misioneros que se empeñaron en convertir a los indios del Río Negro, región situada al noroeste del Amazonas, adoptaron ante las costumbres tribales una actitud de intransigencia a veces imprudente. Combatieron los ritos que les parecían incompatibles con la religión cristiana. Intervinieron en el sistema matrimonial, prohibieron las fiestas, las ceremonias fúnebres tradicionales y castigaron severamente a aquellos que contravenían sus órdenes. La “Religión del Jurupari” fue implacablemente combatida, y sus ceremonias, celebradas con gran estruendo de trompetas y con máscaras sagradas cuya visión constituye un tabú para las mujeres y los jóvenes no iniciados, fueron perseguidas. Una tal política de conversión debía, necesariamente crear una situación de conflicto entre los misioneros y sus catecúmenos, propicia a la eclosión de corrientes mesiánicas. La actitud de los profetas, rivales políticos y religiosos de los sacerdotes, se revela por tanto, una vez más, ambivalente. A pesar de sus predicaciones contra los misioneros, ellos asimilaban una parte, superficial es verdad, de sus enseñanzas.

Sólo una insurrección, dirigida no contra los blancos sino contra los misioneros, tomó proporciones serias, sin que sin embargo se pueda — a pesar de ciertas opiniones emitidas — calificarla de mesiánica. En 1873, un franciscano, Illuminato Coppi, resolvió “asaltar a Satanás”. Reunió a los niños de la misión y les mostró el macacaraua, máscara sagrada cuya visión es permitida exclusivamente a los hombre iniciados. El

ultraje aterró a los niños y provocó el furor general de los indios. Al día siguiente envenenó aún más la situación al exponer a los ojos de todos “el infame simulacro”. La cólera de los indios fue tal que debió dispersarlos por medio de tiros de fusil, pero su celo apostólico no estaba aún apaciguado, e hizo llamar a Frei Cagnone para ejecutar un proyecto que había concebido. Una vez terminada la misa, este último debía exhibir la máscara *macacaraua* en el interior de la iglesia, mientras que él colocado en el umbral, iba a impedir la huida de los parroquianos. Se aproximó el desastre cuando el franciscano esgrimió la efigie de *jurupari*. Un tumulto increíble fue testigo de este sacrilegio y los hermanos casi fueron asesinados. Frei Cagnone debió su salvación a una cruz de bronce de la cual se sirvió como de una arma para alejar a los asaltantes. Los dos misioneros, habiendo escapado a la muerte, abandonaron la misión sin más tardanza mientras que un dilema cruel desgarraba el lugar. La “religión de jurupari”, prescribía el envenamiento de toda mujer que hubiere visto el objeto sagrado y no se podía sacrificar a toda la población femenina de la tribu. Los *pajé* resolvieron pues imponer un ayuno general de un mes a fin de apaciguar la cólera del gran espíritu, pero *jurupari*, por intermedio de visiones, les hizo saber que todas las mujeres irían al infierno, castigadas por su involuntario crimen. De todas maneras, es necesario no confundir esta reacción con los levantamientos mesiánicos de la región aunque haya faltado poco para que evolucionasen en este sentido. A pesar de su actitud agresiva contra los blancos, los mesías de este territorio no eran hostiles, ni a la acción de los misioneros, ni al cristianismo; su reacción estaba dirigida sobre todo contra las condiciones socio-económicas creadas por la dominación blanca. No tenemos sino escasas informaciones de un cierto número de estas manifestaciones; de otras, poseemos testimonios más o menos detallados que provienen en general de relaciones escritas por aquellos que se habían encargado de reprimirlas. Ninguna de ellas ha sido descrita de una manera científica, de modo que no podemos poner en relieve sino los caracteres más indicadores de estas corrientes.

Hacia la mitad del siglo XIX, los *Baniwa*, tribu *Aruák* que vive cerca del Icana, río tributario del Río Negro, conocieron una gran efervescencia cuando un indio de Venezuela, Venancio, se proclamó “Segundo cristo, enviado por el creador del mundo”. Sus numeros adeptos se sometían a flagelaciones, se embriagaban, practicaban danzas frenéticas y llevaban una vida disoluta. Se atribuía al mesías la facultad de morir, de ir hasta el cielo a juntarse con Dios y regresar a la vida para perdonar los pecadores; para los misioneros estas muestras milagrosas se explicarían como simples crisis de epilepsia. Un destacamento militar, enviado hacia Icana para reestablecer el orden, dispersó a los indios por medio de la violencia.

Otro mesías, llamado igualmente Venancio, contemporáneo del primero, se hacia pasar por el Santo Padre. Una india, Santa María y un indio, San Lorenzo lo acompañaban. Realizaba milagros, celebraba matrimonios y separaba a los esposos y organizaba confesiones públicas, danzas y borracheras.

La región del Icana fue fértil en aparición de personajes del mismo tipo. La mayor parte de entre ellos predicaba, según parece, una nueva doctrina cristiana, mezclada con ciertas prácticas de la religión de jurupari y todos parecían haber animado a los indios a la revuelta contra el invasor. *Aniceto*, el último de ellos, considerado también como el “segundo cristo”, conservó durante largos años un prestigio extremo. Curaba sus pacientes friccionándolos y soplando sobre ellos, y exhortaba a sus adeptos a no cultivar sus campos, ya que sus bendiciones eran suficientes para hacer crecer las plantas. Organizaba grandes fiestas en las cuales se danzaba y cada vez que pasaba por los pueblos era celebrado con gran pompa. El gobernador de la provincia, inquieto con esta fermentación de ideas, envió dos expediciones punitivas para ponerle término. El mesías capturado fue condenado a trabajos forzados y por más de un año trabajó en la construcción de la catedral de Manaos. De regreso a los suyos, renunció a sus predicaciones agresivas. Sin embargo, el etnólogo Koch-Grunberg pudo comprobar la influencia que él ejercía aún en la región donde era considerado como el “salvador de los indios de Icana”.

Un fenómeno análogo tuvo lugar hacia la misma época en las orillas del Vaupés, otro río cuya confluencia con el Icaná da nacimiento al Río Negro. Un mestizo, adoptando el nombre de *Cristo Alejandro*, reunió un número considerable de adeptos, reclutados entre los miembros de muchas tribus. Predicaba una doctrina nueva y administraba los sacramentos según ritos que le eran propios. Los que contravenían las órdenes estrictas de su disciplina eran severamente castigados. Pretendía fundar su reino divino en el pueblo de Juquirapecuma. Más de mil fanáticos, provistos con armas de fuego, vivían allí reunidos, prestos a luchar contra los blancos que se convertirían en sus esclavos. Un sacerdote, establecido entre ellos, no logró calmar su ardor bélico sino que los soldados vinieron a dispersarlos.

Parece que el Vaupés conoció, en 1880, bajo la influencia de un pajé *Arapaso*, de la familia de los Tucano el paroxismo de los movimientos mesiánicos de la región del Río Negro. Este profeta, llamado *Vicente Cristo*, se pretendía amigo íntimo de *Tupan*, el Dios de los cristianos con el cual tenía el hábito de conversar. Poseía —decía él— el poder de hacer aparecer el espíritu de los muertos. En tanto que pajé supremo se declaraba padre de los misioneros que Tupan había enviado a la región por su pedido. Los blancos y sobre todo los “regatoes”, mercaderes

ambulantes que explotaban a los indígenas, debían ser expulsados de su territorio. Vicente Cristo realizaba toda clase de milagros, curaba los enfermos, y siguiendo al explorador Coudreau, “aspiraba a ser algo semejante al Papa de la religión de Jurupari”. Además de esta ambición él no menciona su fidelidad a la religión de los ancestros, que practicaban mezclada a ritos cristianos. Sus adeptos danzaban por ejemplo, alrededor de una cruz. Finalmente los regatoes que habían sido atacados en sus prédicas lo miran con recelos y le hacen pasar algunos días en prisión. Unos años más tarde al recorrer Coudreau la región, pudo observar que “convertido en menos absorbente, el mesías del Vaupés no causa hoy, con Tupan, más impresión que la de un recuerdo”. El nos señala además la aparición de algunos otros cristos en esta región.

Cerca del Papurí, afluente del Vaupés, un Tucano llamado *Lino Sewa* se hizo célebre bajo el nombre de San Lino. Se contaba en medio de sus adepto, indios del Papurí y también del Vaupés y de Tiquié. Hacía milagros y curaba enfermos con ayuda de remedios de su composición. Sus fieles aprendían cantos sagrados y cada uno de ellos debía confeccionarse una cruz; en recompensa el acceso al cielo les estaba asegurado. Contrariamente a otros mesías San Lino no parece haber incitado a los indígenas a revuelta e ignoramos si a sus ideas cristianas se mezclaban las creencias ancestrales.

Durante más de cincuenta años no se menciona la aparición de nuevos mesías. En el curso del siglo XX un factor nuevo vino a modificar la situación. Hasta entonces solamente los misioneros católicos habían catequizado a los indígenas pero predicadores protestantes vinieron a hacerles competencia. Los indios convertidos por los recién llegados y aquellos que ya lo habían sido por los sacerdotes católicos, se enfrentaron pues, hostiles y la intransigencia de los protestantes, más radicalmente opuestos a las costumbres tribales, creó entre ellos una barrera que se acentuó progresivamente. Su rivalidad explica este levantamiento mesiánico cuyo desarrollo nos pinta Eduardo Galvao de manera demasiado sumaria desgraciadamente. *Un indio Baniwa de Colombia, convertidos por los protestantes* se había proclamado Cristo, prometiendo una vida mejor a todos aquellos que lo siguieran. Reunió numerosos fieles que, bautizados en las aguas del río, debían beber la “sangre de Cristo” que él les administraba. Ellos recorrieron el territorio de Icana destruyendo a su paso las capillas católicas. El “servicio de protección a los indios” terminó sin embargo por capturar a este mesías y por dispersar a los miembros del grupo.

Estos pocos datos nos demuestran al menos dos cosas: la existencia latente del mesianismo y además, siguiendo a Galvao, la eficacia de las predicciones protestantes cuyas reivindicaciones evangélicas convie-

nen al estado de espíritu de los Baniwa, explotados por los blancos y viviendo en condiciones de vida económicas y sociales precarias.

Koch-Grunberg escribe, comentando los ejemplos del mesianismo que él conocía: “Es un fenómeno curioso este movimiento mesiánico que resurge siempre en esta misma región. Se trata ciertamente de una antigua leyenda indígena, revestida de cristianismo, particular a los Arawak y explotada por algunos astutos pajé y faltos de escrúpulos que buscaban un interés personal. *En todo el mundo, nosotros encontramos de manera análoga esta creencia de un redentor, sin duda el héroe tribal que regresa a fin de liberar a su pueblo del yugo de los opresores*”. Nosotros no conocemos, es verdad, ningún mito Arawak o tucano de la región que podamos identificar como el fundamento de una creencia en el retorno de un héroe. Además, las informaciones que se poseen sobre los numerosos mesías locales son demasiado sumarias para que se pueda formular al respecto más que simples conjeturas. Sin embargo los ejemplos suramericanos, sobre los cuales poseemos datos más completos nos inclinan a creer posible el recurso a las tradiciones míticas tribales; pero no se trata aquí de una reencarnación o del retorno de un héroe ya que los mesías se presentan como “Cristo”, el Santo Padre o Santos de la Iglesia Católica. *El mesianismo en la región del Río Negro representa, sobre todo, una revuelta contra la opresión y este trazo dominante permanece común a la casi totalidad de los casos.*

Conclusión

Entre las manifestaciones del mesianismo en los indios del Nuevo Mundo un lugar sui-generis es dado a los casos observados entre los Guaraní en el curso de los dos últimos siglos, y entre las tribus parientes del mismo grupo lingüístico. Esto se debe al hecho de que *ciertas religiones Tupi-Guaraní están más dominadas que otras por la creencia en la salvación en un mundo sobrenatural*. La cataclismología, las condiciones de vida precarias de su existencia terrestre y la predicción de una vida paradisiaca prometida a todos los fieles, constituyen principalmente la esencia de la doctrina religiosa guaraní y las prácticas regulares de la religión son tales que basta muy poco para que se vuelvan mesiánicas. El sueño de la Tierra sin Mal es una experiencia de la vida cotidiana y el cataclismo previsto por el mito representa una amenaza constante. Además el, Ñanderú, jefe religioso y político de la comunidad, posee por sus funciones y su posición social, las condiciones necesarias para llegar a ser, eventualmente, un profeta mesiánico. La eclosión de un movimiento depende pues de las experiencias místicas que él podría haber vivido. El Ñanderú, encargado de realizar el sueño mítico se presenta entonces como un simple ejecutante de los designios del héroe civilizador. El obra siguiendo un modelo de comportamiento sancionado por la mitología

misma y puede ser, lo mismo que no importa qué pajé, un personaje célebre reencarnado, *pero sin embargo no pretende imponerse en tanto que salvador o en tanto que Dios*. Nosotros comprendemos pues la duda de ciertos autores en incluir este personaje en la categoría de los mesías cuando ellos dan a este término un sentido muy definido.

La situación difiere considerablemente cuando factores externos, inherentes a las relaciones interétnicas, sobrevienen para desatar un movimiento como hemos podido constatarlo en los levantamientos que agitaron a los guaraní de las misiones jesuitas y a aquellos que estaban sometidos a la dominación colonial española. Se trataba ante todo, como lo hemos observado ya en otros indios, de reivindicaciones políticas y sociales. En lugar de ser un simple profeta, el jefe se convierte entonces, en un verdadero mesías. El sincretismo indio-cristiano y la fachada de fijación en vivencias del pasado (revivalismo) predicado por los mesías hostiles a los jesuitas, recubren pues una causa de revuelta más profunda. En efecto, los indios se sienten verdaderamente frustrados por el monopolio del poder religioso ejercido por los sacerdotes. Ellos no habrían puesto en cuestión el derecho de los misioneros a dirigirlos espiritualmente, pero sus magos estaban humillados al verse ridiculizados y tratados como instrumentos del diablo. Para reaccionar, no bastaba a los pajé rebeldes, recurrir a su autoridad y a su prestigio establecido de taumaturgos. Era necesario aún que ellos se impusieran, sobrepasando en importancia a sus rivales católicos. Es por esto que ellos pretendían, al proclamarse de origen divino, sobrepasar a los predicadores del evangelio que se presentaban a los indígenas como los emisarios del único Dios verdadero; y si ellos combatían las doctrinas y los ritos introducidos por los padres, era sobre todo porque estas innovaciones estaban ligadas con el orden socio-político instituido por estos últimos. La religión tribal representaba pues, el símbolo de la autonomía perdida.

La actitud de anti-aculturación presente en los otros fenómenos mesiánicos indígenas, debería, según parece, ser interpretada de manera análoga. Ejemplos como los del Río Negro en que predominan el sincretismo o incluso los elementos cristianos, vienen a corroborar la tesis según la cual la preocupación fundamental por el mesías no sería la de hacer revivir las antiguas creencias y costumbres. Estas pueden, según los casos, ser la condición de una restauración del antiguo orden socio-político exento de los síntomas de desorganización social; ellas pueden también favorecer la institución de un orden nuevo en que los indígenas, a su turno, dominen a los blancos después de haber sacudido el yugo que pesa sobre ellos. Como ciertos elementos cristianos pueden simbolizar el poder de dominación, son entonces aceptados en vez de ser rechazados.

Hemos presentado también ejemplos en los cuales *el carácter de la predicación mesiánica parece netamente aculturativo, como en el caso del mito del paraíso en que la civilización que esperan los indios es la de los blancos. Nosotros clasificaremos en esta categoría los movimientos Tukúna, Ramkokámekra y quizá también Arekuná.* El gozo de los bienes de la civilización occidental se obtendrá a través de una inversión del orden social, debiendo entonces el indio, dominar al blanco si es que el mito no llega incluso a prever un diluvio que vendría a aniquilar a los explotadores actuales de los aborígenes. *Salvo excepción, la organización social primitiva de los indios no conocía la autoridad de una capa social superior, la idea de dominación está invariablemente asociada a la imagen del blanco, a sus invenciones técnicas, a sus instituciones y también a sus características raciales. No hay pues, medio de suplantarla; sin deshacerse de todo lo que representa el actual estado de subordinación.*

Sin embargo, esto no significa de ningún modo, que el indio renuncia a su conciencia étnica. *Las irrupciones de mesianismo entre los indígenas de América del Sur, ya sea que ellos busquen o no la aculturación, son en realidad siempre nativistas. La edad de Oro será reservada a la comunidad de los adeptos al mesías.* Los refractarios y sobre todo los extranjeros, serán excluidos. *La promesa del Paraíso, a pesar del aporte de ideas y de prácticas cristianas, toma casi siempre apoyo en la mitología tribal primitiva e incluso en los casos en que la profecía prevee un intercambio de culturas, es en general el héroe civilizador de la tribu misma, quien lo promete.*

El mesianismo representa, en la casi totalidad de los casos, una tentativa de sobrepasar una situación de penuria social, cuando una simple revuelta armada no ofrece posibilidad de triunfo. Auncuando una guerra santa sea predicada por el mesías, la victoria deberá salir, en una cierta medida, de sus poderes milagrosos. Su cualidad de taumaturgo no sirve solamente para garantizar el triunfo del movimiento, la evidencia de su cualificación carismática, prueba sobre todo, que su misión sobrenatural es legítima.